

EL ACOMPAÑAMIENTO FAMILIAR EN EL DESARROLLO ACADÉMICO DESDE LA MIRADA DEL COLECTIVO EDUCATIVO

Mauxi Jacqueline Matagira Mendoza

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-1788-8451>

E-mail: mauximm@gmail.com

Doctorando en Education

Universidad Pedagógica Experimental

Libertador (Upel-Rubio)

Venezuela

Recibido: 10/02/2026

Revisado: 16/03/2026

Aprobado: 20/04/2026

RESUMEN

El presente artículo de investigación es de carácter ensayístico, tiene como propósito analizar la importancia del acompañamiento familiar en el desarrollo académico de los estudiantes desde la perspectiva del colectivo educativo, para ello, se sustenta en una revisión crítica e integración de aportes teóricos de la pedagogía, la sociología de la educación y la psicología educativa, lo que permite comprender los significados que los actores educativos atribuyen a la relación familia y escuela. Los resultados del análisis evidencian que el acompañamiento familiar influye de manera significativa en el rendimiento académico, la motivación, la autonomía y la permanencia escolar. Se identifica que este acompañamiento trasciende la supervisión de tareas, configurándose como un proceso racional basado en el apoyo afectivo, la comunicación y la formación integral. Asimismo, se destaca que la participación activa y articulada de las familias con la escuela fortalece los procesos educativos y favorece entornos de aprendizaje más significativos. Se concluye que la corresponsabilidad entre familia y escuela constituye un elemento central para la consolidación de comunidades educativas capaces de responder a los desafíos contemporáneos. En este sentido, se plantea la necesidad de fortalecer estrategias institucionales orientadas al diálogo, la participación y la cooperación, así como de promover políticas educativas que consoliden una cultura de apoyo mutuo. En síntesis, el acompañamiento familiar se configura como un factor determinante en el desarrollo académico, emocional y social de los estudiantes.

Palabras clave: acompañamiento familiar, desarrollo académico, colectivo educativo.

FAMILY SUPPORT ACADEMIC DEVELOPMENT FROM THE PERSPECTIVE OF THE EDUCATIONAL COLLECTIVE

ABSTRACT

This essay based research article examines the importance of family support in students' academic development from the perspective of the educational community, it is based on a critical review and integration of theoretical contributions from pedagogy, sociology of education, and educational psychology, enabling an understanding of how educational actors perceive the family and school relationship. Findings indicate that family support has a significant impact on academic performance, motivation, autonomy, and school retention. This support extends beyond homework supervision, emerging as an intentional process grounded in emotional support, communication, and holistic development. Furthermore, active and coordinated family involvement with schools enhances educational processes and fosters more meaningful learning environments. The study concludes that shared responsibility between family and school is essential for building educational communities capable of addressing contemporary challenges. It highlights the need to strengthen institutional strategies focused on dialogue, participation, and cooperation, as well as to promote educational policies that encourage a culture of mutual support. Overall, family support is identified as a key factor in students' academic, emotional, and social development.

Keywords: family support, academic development, educational community.

INTRODUCCIÓN

El acompañamiento familiar constituye un eje estructural del desarrollo académico, cuya comprensión exige una perspectiva interdisciplinaria desde el colectivo educativo al reconocer que el aprendizaje es un proceso social, situado y mediado por relaciones de poder y contextos socioculturales. En este sentido, es importante resaltar que la educación contemporánea en Colombia y el mundo enfrenta transformaciones, retos y desafíos profundos derivados de los cambios sociales, tecnologías y diferentes culturas que caracterizan a la sociedad actual, lo que exige a las instituciones educativas replantear sus modelos pedagógicos y sus formas de interacción con las familias y la comunidad (Zygmunt Bauman, 2007; Manuel Castells, 2010). En este contexto, la relación entre familia y escuela ha sido ampliamente estudiada en el campo de la investigación educativa debido a su incidencia en el desarrollo académico, emocional y social de los estudiantes (Joyce Epstein, 2011).

Este artículo se inscribe en una perspectiva socioconstructivista y crítica del conocimiento educativo, se desarrolla desde un enfoque cualitativo de tipo documental y reflexivo. Metodológicamente, se sustenta en la revisión crítica e interpretativa de literatura científica y diversas investigaciones relacionadas con el acompañamiento familiar, que han demostrado que los estudiantes que reciben apoyo familiar constante tienden a presentar mayores niveles de motivación escolar, mejores resultados académicos y una mayor capacidad para afrontar los desafíos del aprendizaje (John Hattie, 2009; Anne T. Henderson & Mapp, 2002). En este sentido, el acompañamiento

familiar se configura como un factor protector que fortalece la permanencia escolar y el desarrollo integral de los estudiantes.

No obstante, en muchos contextos educativos persiste una visión limitada del papel de la familia, reduciendo su participación a la asistencia a reuniones escolares o al control de tareas. Esta concepción instrumental desconoce la complejidad de los procesos formativos y la influencia de factores afectivos, culturales y sociales en el aprendizaje (Pierre Bourdieu, 1997). En este marco, resulta pertinente analizar el acompañamiento familiar desde una perspectiva amplia que reconozca la interacción entre los diferentes actores del proceso educativo. El concepto educativo emerge como una alternativa teórica que concibe la educación como una construcción social compartida entre escuela, familia y comunidad. Lev Vygotsky (1978) describe:

Toda función en el desarrollo cultural del niño aparece dos veces: primero en el plano social y después en el plano psicológico; primero entre las personas como una categoría interpsicológica y luego en el interior del niño como una categoría intrapsicológica. (p.57)

A partir de ello, el presente artículo tiene como objetivo reflexionar sobre el papel del acompañamiento familiar en el desarrollo académico de los estudiantes desde la mirada del colectivo educativo. Se propone analizar los fundamentos teóricos que explican la relación de familia y escuela, así como discutir las implicaciones pedagógicas de fortalecer la participación familiar en los procesos educativos y el desarrollo integral de los estudiantes, considerando la interacción entre los distintos actores que conforman el colectivo educativo. La selección bibliográfica consideró autores clásicos y contemporáneos cuyas contribuciones

permiten comprender la relación entre familia y escuela desde una perspectiva interdisciplinaria.

DESARROLLO

El concepto de colectivo educativo permite superar visiones fragmentadas de la educación al reconocer que el proceso formativo es una construcción social que involucra la interacción entre familia, escuela y comunidad. Esta perspectiva se sustenta en enfoques socioculturales del aprendizaje que destacan el carácter social del conocimiento y la importancia de los contextos de interacción (Lev Vygotsky, 1978; Jerome Bruner, 1997). Lo anterior, evidencia que el aprendizaje es esencialmente un proceso social, mediado por la interacción con otros, lo cual respalda la idea de que la educación debe comprenderse como una construcción colectiva en la que participan diversos actores, la anterior afirmación permite comprender que los procesos cognitivos no se originan de manera aislada en el individuo, sino que emergen a partir de la interacción con otros sujetos más experimentados, como padres, docentes y miembros de la comunidad.

Desde esta perspectiva, el aprendizaje se produce mediante procesos de mediación social, donde el lenguaje, la cultura y las relaciones interpersonales cumplen un papel central, esto implica que el conocimiento es construido de manera progresiva a través de la participación en prácticas sociales compartidas. En consecuencia, el colectivo educativo se configura como un entramado de relaciones

que posibilita la internalización de saberes, valores y normas, consolidando el desarrollo integral del estudiante. Asimismo, esta postura se articula con el concepto de zona de desarrollo próximo también propuesto por Vygotsky, que explica cómo el aprendizaje se potencia cuando el estudiante interactúa con otros que le brindan apoyo y orientación. En este sentido, la familia no solo cumple una función afectiva, sino también formativa, al actuar como mediadora en los procesos de aprendizaje, complementando el de la escuela.

En síntesis, la fundamentación sociocultural permite comprender que el aprendizaje es un proceso inherentemente colectivo. Por ello, la articulación entre familia, escuela y comunidad no es un elemento accesorio, sino una condición esencial para el desarrollo cognitivo y social de los estudiantes, lo que refuerza la pertinencia del concepto de colectivo educativo en el análisis de los procesos formativos. En esta perspectiva, cada actor educativo asume un papel activo y corresponsable en la construcción del conocimiento, favoreciendo dinámicas de cooperación, diálogo y participación. Asimismo, se reconoce que los contextos socioculturales influyen de manera directa en las oportunidades de aprendizaje que trascienden del aula y se proyectan hacia la vida cotidiana.

Desde la sociología de la educación, el concepto de capital cultural desarrollado por Bourdieu permite comprender cómo las diferencias en el entorno familiar se traducen en desigualdades educativas, este autor sostiene que las familias transmiten a sus hijos un conjunto de conocimientos, habilidades, valores

y disposiciones que facilitan o dificultan su adaptación al sistema escolar (Bourdieu, 1997). En este sentido, los estudiantes provenientes de contextos socioeconómicos favorecidos tienden a poseer un capital cultural más cercano al que la escuela valora, lo que les otorga ventajas en términos de rendimiento académico. Por el contrario, aquellos pertenecientes a sectores menos favorecidos enfrentan mayores dificultades, no por falta de capacidad, sino por la distancia entre su cultura familiar y la cultura escolar. De esta manera, las desigualdades socioeconómicas no solo afectan las condiciones materiales de acceso a la educación, sino también las formas de participación familiar, generando brechas estructurales en los procesos educativos.

Considerando los párrafos anteriores, es importante enfatizar en la participación familiar dentro del contexto educativo teniendo en cuenta diversos estudios que han demostrado que la participación activa de las familias en la educación contribuye significativamente al rendimiento académico y al fortalecimiento de la cultura institucional. Epstein (2011) plantea un modelo de colaboración entre familia, escuela y comunidad que promueve entornos educativos más inclusivos y democráticos. Según esta autora, la implicación familiar no se limita al apoyo en tareas escolares, sino que abarca múltiples dimensiones, como la comunicación con la escuela, la participación en actividades institucionales y la toma de decisiones educativas. Estas prácticas favorecen la construcción de comunidades educativas más cohesionadas y comprometidas. No obstante, la

participación familiar se ve limitada por factores estructurales como largas jornadas laborales, condiciones económicas precarias y barreras culturales. Estas restricciones evidencian la necesidad de que las instituciones educativas desarrollen estrategias flexibles que reconozcan la diversidad de contextos familiares y faciliten su inclusión.

Bajo esta mirada, desde la psicología educativa, el acompañamiento familiar adquiere relevancia en el desarrollo de la autorregulación del aprendizaje. Zimmerman (2002) define este proceso como la capacidad del estudiante para planificar, supervisar y evaluar su propio aprendizaje, integrando aspectos cognitivos, motivacionales y conductuales. El entorno familiar desempeña un papel clave en la construcción de estas habilidades. Cuando las familias fomentan la autonomía, establecen rutinas de estudio y promueven la responsabilidad, contribuyen al desarrollo de competencias metacognitivas que impactan positivamente en el rendimiento académico. Asimismo, el apoyo emocional brindado por la familia fortalece la motivación y la persistencia del estudiante, elementos fundamentales para el aprendizaje significativo. En este sentido, el acompañamiento familiar no solo influye en los resultados académicos, sino también en la formación integral de los estudiantes.

Sumado a lo anterior, es importante hablar del desarrollo de las tecnologías digitales y las nuevas formas de interacción entre la familia y la escuela. Castells (2010) señala que vivimos en una sociedad en red donde la comunicación digital

redefine las relaciones sociales, incluyendo las educativas. Las plataformas virtuales, aplicaciones de mensajería y entornos digitales de aprendizaje han facilitado la comunicación entre docentes y familias, ampliando las oportunidades de participación. Estas herramientas permiten un seguimiento más cercano del proceso educativo y favorecen la construcción de vínculos más dinámicos. Sin embargo, este avance también plantea desafíos importantes, como la brecha digital y la falta de alfabetización tecnológica en algunos sectores. Estas limitaciones pueden reproducir las desigualdades existentes si no se implementan políticas que garanticen el acceso equitativo a las tecnologías.

Desde una perspectiva pedagógica crítica, Freire (1970) enfatiza la importancia del diálogo y la participación en los procesos educativos. En este marco, el docente debe asumir un rol mediador que promueva la colaboración con las familias, reconociendo sus saberes y experiencias. En este sentido, fortalecer el acompañamiento familiar implica que los docentes desarrollen competencias para el trabajo conjunto, generando espacios de encuentro que favorezcan la comunicación y la confianza. Esto requiere superar enfoques tradicionales que limitan la participación de las familias a roles pasivos. Asimismo, las políticas educativas deben impulsar programas de formación dirigidos a padres y madres, orientados a fortalecer sus capacidades para apoyar el aprendizaje de sus hijos. Estas iniciativas deben considerar las particularidades socioculturales de cada

contexto, promoviendo una educación más inclusiva y equitativa para las nuevas generaciones.

Otro aspecto que se destaca en el ámbito del desarrollo integral es la relevancia del acompañamiento familiar en la dimensión socioemocional, diversos estudios han señalado que el clima afectivo del hogar, caracterizado por la comunicación abierta, el apoyo emocional y la validación de las experiencias del estudiante, contribuye al fortalecimiento de la autoestima y la autoeficacia (Bandura, 1997). Estas variables, a su vez, se relacionan estrechamente con el rendimiento académico, en la medida en que influyen en la motivación, la persistencia y la capacidad de afrontar desafíos escolares. Desde el enfoque ecológico de Bronfenbrenner (1987), la familia constituye un microsistema clave en el desarrollo humano, cuyas interacciones cotidianas impactan de manera directa en los procesos de aprendizaje y socialización. En este sentido, Bandura (1997) afirma que: “Las creencias de autoeficacia influyen en como las personas piensan, sienten, se motivan y actúan”. (p.2). Lo anterior, permite comprender por qué un entorno familiar que refuerza la confianza y la seguridad emocional potencia el desarrollo de competencias académicas.

En la misma línea, Goleman (1995) sostiene que: “la vida emocional es un dominio que, como las matemáticas o la lectura, puede ser manejado con mayor o menor habilidad” (p.34), destacando la importancia de los contextos familiares en la educación emocional de los individuos. De este modo, el acompañamiento

familiar no solo incide en el bienestar afectivo, sino que también fortalece habilidades como la autorregulación emocional, la empatía y la resiliencia, las cuales son determinantes para enfrentar las demandas del entorno escolar. Por consiguiente, estas variables socioemocionales se relacionan estrechamente con el rendimiento académico, en tanto influyen en la motivación, la persistencia y la capacidad de afrontar desafíos. Como señalan Deci y Ryan (2000), “la motivación óptima surge en contextos que apoyan la autonomía, la competencia y la relación” (p.68), condiciones que suelen gestarse en entornos familiares que promueven vínculos afectivos sólidos y prácticas educativas positivas. En consecuencia, los estudiantes que perciben apoyo emocional en sus hogares tienden a mostrar mayor compromiso con el aprendizaje y mejores resultados académicos.

En la literatura reciente el acompañamiento familiar se ha consolidado como un pilar fundamental en el desarrollo académico, no solo desde una visión cognitiva, sino también socioemocional. Investigaciones actuales evidencian que el apoyo familiar constituye “un refugio emocional y un faro moral” para los estudiantes, favoreciendo su capacidad de enfrentar las demandas escolares (Suárez, Reyes et al., 2024). En este sentido, la familia no solo actúa como soporte efectivo, sino como agente mediador en la construcción de actitudes hacia el aprendizaje, influyendo en la motivación y la disposición académica del estudiante. Del mismo modo, estudios recientes han demostrado una correlación significativa entre las dinámicas familiares y el rendimiento académico. En particular, se han encontrado que “el

apoyo académico, emocional y las relaciones familiares influyen positivamente en el rendimiento académico” (Alama Duarte & Obaco Soto, 2024). Esta evidencia respalda la idea de que el aprendizaje no puede comprenderse únicamente desde el aula, sino que se configura como un entramado de relaciones donde la familia desempeña un papel estructural en la consolidación de logros educativos.

Desde una perspectiva más crítica, la limitada participación familiar continúa siendo un factor asociado a bajos niveles de desempeño académico. Investigaciones recientes señalan que la “escasa comunicación familia y escuela, y la falta de acompañamiento en tareas” se vinculan directamente con dificultades en el aprendizaje (Vera et al., 2025). Esto pone en evidencia que no basta con reconocer la importancia de la familia, sino que es necesario generar condiciones reales que faciliten su implicación activa en los procesos educativos. En el plano socioemocional, el acompañamiento familiar sigue siendo considerado un factor determinante para el desarrollo integral del estudiante. Estudios contemporáneos destacan que la familia proporciona “seguridad y estabilidad social, cognitiva y emocional”, elementos esenciales para el adecuado desenvolvimiento escolar (Mejía Lasso & Yépez Bimboza, 2023). De esta manera, el clima afectivo del hogar influye directamente en variables como la autoestima, la resiliencia y la autorregulación, las cuales son determinantes en la trayectoria académica.

En coherencia con estos hallazgos, investigaciones empíricas recientes confirman la relación directa entre el acompañamiento familiar y el logro académico.

Se ha demostrado que existe una relación significativa entre ambas variables, evidenciando que los estudiantes con mayor apoyo familiar tienden a alcanzar mejores resultados educativos (Vigo Armestar & Córdova Llontop, 2024). Este vínculo refuerza la necesidad de comprender la educación como un proceso compartido, donde la familia constituye un actor clave en la construcción del aprendizaje. Finalmente, desde la mirada del colectivo educativo, se reconoce que el fortalecimiento del acompañamiento familiar requiere estrategias integradoras que articulen a la familia, la escuela y la comunidad. Experiencias recientes basadas en investigación acción participativa han demostrado que la implementación de programas colaborativos entre estos actores mejora significativamente el rendimiento académico y la participación familiar (Pérez Pulido et al., 2024). Esto confirma que la educación debe abordarse como un proceso relacional, donde el trabajo conjunto permite generar entornos orientados al desarrollo integral del estudiante.

El acompañamiento familiar en el desarrollo académico no solo se sustenta en perspectivas teóricas a través de la historia y la actualidad, sino que también encuentra un sólido respaldo en el marco normativo colombiano, el cual reconoce a la familia como actor central del proceso educativo. En este sentido, la Ley 115 de 1994 establece que la familia es “el núcleo fundamental de la sociedad y primer responsable de la educación de los hijos” (art. 7), lo que implica no solo el deber de garantizar el acceso al sistema educativo, sino también la participación activa en el

seguimiento y mejoramiento de los procesos formativos. Asimismo, dicha ley define la comunidad educativa como un espacio de corresponsabilidad en el que padres, docentes y estudiantes participan en la constitución del Proyecto Educativo Institucional, lo que se articula con el concepto de colectivo educativo. Desde una mirada crítica, autores contemporáneos advierten que las políticas educativas suelen reproducir una visión idealizada de la familia, descontextualizada de las desigualdades estructurales que limitan la participación (Garcia & Restrepo, 2023).

Bajo esta lógica, factores como la precariedad laboral, las extensas jornadas de trabajo y las condiciones de vulnerabilidad social dificultan el acompañamiento constante, lo que genera tensiones entre el deber normativo y la posibilidad real de cumplimiento. Esta discrepancia entre la ley y la realidad pone en evidencia la necesidad de problematizar el concepto de corresponsabilidad educativa. Aunque el discurso institucional promueve a participación familiar, en muchos casos las escuelas continúan operando bajo lógicas tradicionales que restringen la intervención de las familias a espacios formales y poco flexibles. Investigaciones recientes señalan que “la participación de las familias sigue siendo limitada y, en ocasiones, instrumentalizada por las instituciones educativas” (Martínez & Cárdenas, 2024, p.78), lo que reduce su papel a un cumplimiento administrativo más que a una construcción pedagógica conjunta. De este modo, el ideal del colectivo educativo se ve debilitado por prácticas escolares que no logran integrar de manera efectiva los saberes y experiencias familiares.

Desde la perspectiva crítica, Apple (2008) sostiene que las instituciones educativas no son espacios neutrales, sino escenarios atravesados por relaciones de poder, intereses ideológicos y dinámicas de control cultural. En este sentido, la participación familiar promovida por las escuelas puede convertirse en una práctica regulada institucionalmente, donde las familias son aceptadas únicamente cuando responden a las expectativas culturales y normativas establecidas por el sistema educativo. Esto implica que ciertas formas de participación son legitimadas, mientras otras son invisibilizadas o consideradas insuficientes, reproduciendo desigualdades sociales y educativas. “Las escuelas no controlan simplemente personas; también ayudan a controlar significados.” (Apple, 2008, p.7).

Desde esta visión, resulta fundamental replantear el enfoque de las políticas educativas, transitando de un modelo centrado en la exigencia hacia uno orientado al apoyo y a la inclusión. Autores recientes proponen que las instituciones educativas deben generar estrategias contextualizadas que reconozcan la diversidad de las familias y promuevan formas flexibles de participación (Pérez Pulido et al., 2024). En síntesis, aunque el marco legal colombiano establece una base importante para la participación familiar, su implementación enfrenta desafíos estructurales que limitan su efectividad. La construcción de un verdadero colectivo educativo requiere superar la brecha entre el discurso normativo y la realidad social, promoviendo políticas y prácticas pedagógicas que reconozcan la complejidad de

los contextos familiares y fomenten una corresponsabilidad auténtica, equitativa y transformadora.

En el marco de las transformaciones educativas contemporáneas, resulta pertinente analizar el acompañamiento familiar desde la visión de la equidad educativa. Diversos estudios han evidenciado que las desigualdades en la participación de las familias no responden únicamente a factores individuales, sino a condiciones estructurales que inciden en el acceso a recursos culturales, tecnológicos y sociales (OECD, 2029). En este sentido, el acompañamiento familiar no puede ser entendido como una práctica homogénea, sino como un proceso diferenciado que se configura según las condiciones de vida de cada hogar. Como señalan Hill y Tyson (2000), la participación familiar efectiva depende en gran medida de la capacidad de las instituciones de incluirlas con estrategias que reconozcan la importancia de su rol en la construcción de sociedad. De este modo, la escuela debe asumir una participación activa en el desarrollo de elementos que permitan superar las barreras de acceso, promoviendo una participación dentro del colectivo educativo.

De igual manera, desde una postura crítica y reflexiva de la calidad educativa, el acompañamiento familiar se posiciona como un factor clave en la construcción de aprendizajes significativos y sostenibles. Hattie (2009) plantea que la influencia de la familia en el rendimiento académico es uno de los factores con mayor impacto en el aprendizaje, incluso por encima de variables estrictamente

escolares. En esta línea, Henderson y Mapp (2002) sostienen que cuando las familias participan activamente en la educación, los estudiantes no solo mejoran su desempeño académico, sino que desarrollan actitudes más positivas hacia la escuela. Sin embargo, esta relación no es automática, ya que depende de la calidad de las interacciones y del tipo de acompañamiento que se brinda. Por ello, no basta con promover la participación familiar, sino que es necesario orientar dicha participación hacia prácticas que fortalezcan el aprendizaje, la motivación y el compromiso del estudiante.

Teniendo en cuenta lo anterior, en el contexto de las sociedades contemporáneas caracterizadas por la complejidad y el cambio constante, el acompañamiento familiar adquiere una dimensión estratégica en la formación de sujetos autónomos y críticos. La UNESCO (2021) destaca que la educación del siglo XXI requiere un nuevo contrato social en el que la familia, la escuela y la comunidad trabajen de manera articulada para garantizar procesos educativos inclusivos y pertinentes. En este sentido, el colectivo educativo se consolida como una categoría clave para comprender la educación como un proceso relacional y dinámico. De acuerdo con Bauman (2007), en una modernidad líquida donde las estructuras tradicionales se transforman, la educación debe fortalecerse a partir de vínculos sólidos que brinden estabilidad y sentido a los sujetos. En consecuencia, el acompañamiento familiar no solo contribuye al rendimiento académico, sino que

también se constituye en un pilar fundamental para la construcción de ciudadanía, identidad y cohesión social.

A partir de los elementos analizados, resulta pertinente profundizar en la comprensión del acompañamiento familiar como una práctica situada que se redefine constantemente en función de los cambios sociales, culturales y educativos. En este sentido, no puede asumirse como un concepto estático, sino como una construcción dinámica que responde a las transformaciones del contexto contemporáneo. La creciente diversidad de configuraciones familiares, junto con las nuevas demandas del sistema educativo, exige repensar las formas tradicionales de vinculación entre la familia y la escuela. Así, el acompañamiento familiar se amplía hacia prácticas más flexibles, inclusivas y contextualizadas, que reconocen la pluralidad de experiencias y saberes presentes en los hogares. Este enfoque se sustenta en perspectivas ecológicas del desarrollo humano, las cuales plantean que los procesos educativos están mediados por múltiples sistemas de interacción, donde la familia ocupa un lugar central (Bronfenbrenner, 1987).

En correspondencia, desde la sociología de la educación, se reconoce que las prácticas familiares están condicionadas por factores culturales y sociales que influyen en la forma en que se participa en la escolaridad como lo expresa Bourdieu, (1997):

El capital cultural puede existir bajo tres formas: en estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo; en estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales; y en estado institucionalizado. (p.11)

De igual manera, investigaciones recientes destacan que el involucramiento familiar efectivo no depende únicamente de la presencia en la escuela, sino de la calidad de las interacciones que se generan en el entorno cotidiano (Hill & Tyson, 2009). Metodológicamente, esta perspectiva se apoya en estudios de corte cualitativo e interpretativo, que permiten comprender los significados que las familias atribuyen a su participación en la educación (Epstein, 2011). En consecuencia, las instituciones educativas deben desarrollar una mirada más comprensiva y menos normativa sobre la participación familiar, evitando juicios estandarizados que invisibilicen las realidades particulares. Desde esta perspectiva, el reto no radica únicamente en aumentar la participación de las familias, sino en cualificar dicha participación a partir del reconocimiento mutuo y el respeto por la diversidad. Esto supone avanzar hacia modelos educativos que promuevan relaciones horizontales, basadas en el diálogo y la construcción conjunta de significados, en coherencia con los postulados de la pedagogía crítica (Freire, 1970). En síntesis, comprender el acompañamiento familiar desde una lógica contextual y relacional permite enriquecer el análisis educativo y fortalecer prácticas pedagógicas más pertinentes y equitativas.

Por otra parte, es fundamental considerar el acompañamiento familiar como un componente estratégico en la construcción de trayectorias educativas sostenibles y significativas. En un escenario marcado por la incertidumbre y la complejidad, la familia se constituye en un referente de estabilidad que influye en la forma en que los estudiantes interpretan y enfrentan los desafíos académicos. En este sentido, el apoyo familiar no

solo impacta el rendimiento inmediato, sino que incide en la configuración de proyectos de vida, expectativas educativas y procesos de toma de decisiones a largo plazo. Diversos estudios han evidenciado que la participación familiar tiene un efecto significativo en el logro académico y en la permanencia escolar (Henderson & Mapp, 2002; Jeynes, 2012). Asimismo, desde la psicología educativa, se ha demostrado que el acompañamiento familiar favorece el desarrollo de la autorregulación y la motivación intrínseca, elementos clave para el aprendizaje significativo (Zimmerman, 2002; Deci & Ryan, 2000).

En este aspecto, metodológicamente estas afirmaciones se sustentan en investigaciones de tipo correlacional y metaanálisis que evidencian la relación entre variables familiares y desempeño académico (Fan & Chen, 2001). La interacción constante entre familia y escuela contribuye, además, a la consolidación de una cultura educativa compartida, donde los valores, normas y metas se articulan en función del desarrollo integral del estudiante (Epstein, 2011). Sin embargo, para que este proceso sea efectivo, es indispensable que las políticas educativas y las prácticas institucionales promuevan condiciones reales de participación, superando barreras estructurales que limitan el involucramiento familiar (OECD, 2019). En este marco, cobra relevancia el diseño de estrategias pedagógicas innovadoras que integren a las familias como agentes activos del proceso educativo, en coherencia con el enfoque de corresponsabilidad educativa. Estas estrategias deben orientarse no solo a informar, sino a formar, acompañar y empoderar a las familias en su rol educativo. De este modo, el

acompañamiento familiar se consolida como una dimensión esencial en la construcción de sistemas educativos más humanos, inclusivos y orientados al desarrollo pleno de los estudiantes.

CONCLUSIONES

Desde una visión epistemológica, es posible concluir que el acompañamiento familiar constituye un elemento estructural en el desarrollo académico, en la medida en que el aprendizaje se configura como un proceso social y no exclusivamente individual. Desde la mirada sociocultural, Vygotsky (1978) plantea que el desarrollo cognitivo se origina en la interacción social, lo que implica que la familia actúa como un agente mediador fundamental en la construcción del conocimiento. Esta idea es reforzada por Bruner (1997), quien sostiene que la educación es un proceso cultural que se transmite a través de la interacción con otros. En este sentido, el colectivo educativo se consolida como una red de relaciones donde la familia, la escuela y la comunidad intervienen de manera articulada en la formación del estudiante, evidenciando que el aprendizaje significativo depende de contextos de interacción enriquecidos.

Por lo tanto, el análisis desde la sociología de la educación, se evidencia que el acompañamiento familiar no puede analizarse al margen de las condiciones socioeconómicas que estructuran la realidad de los estudiantes. El concepto de capital cultural propuesto por Bourdieu (1997) permite comprender cómo las

desigualdades sociales se traducen en diferencias en el rendimiento académico, al influir en las disposiciones, hábitos y competencias que los estudiantes adquieren en el entorno familiar. De este modo, las familias no solo transmiten conocimientos, sino también formas de relacionarse con la cultura escolar. En consecuencia, las brechas educativas no responden únicamente a factores individuales, sino a condiciones estructurales que limitan o potencian la participación familiar, lo que exige una mirada crítica sobre la equidad en los sistemas educativos.

Por consiguiente, se retoma la idea inicial del colectivo educativo como horizonte analítico en el fortalecimiento del acompañamiento familiar requiriendo una transformación profunda en las políticas y prácticas educativas, orientada hacia la inclusión, la equidad y la corresponsabilidad. En este sentido, resulta fundamental promover estrategias que faciliten la participación de las familias, reconociendo sus saberes y condiciones particulares. Investigaciones recientes demuestran que los programas colaborativos como escuelas familiares mejoran significativamente el rendimiento académico y la participación educativa (Pérez Pulido et al., 2024). Por tanto, avanzar hacia un modelo de colectivo educativo implica trascender el discurso normativo y consolidar prácticas concretas que permitan construir entornos de aprendizaje más justos, democráticos y orientados al desarrollo integral de los estudiantes.

En consecuencia, el análisis realizado permite comprender que el acompañamiento familiar trasciende el apoyo académico tradicional y se configura

como una dimensión integral que influye en el desarrollo cognitivo, emocional, social y ético de los estudiantes. La calidad de las relaciones familiares, el clima afectivo del hogar y las formas de comunicación establecidas entre familia y escuela constituyen factores determinantes en la construcción de aprendizajes significativos y en la consolidación de trayectorias educativas exitosas. Así mismo, las transformaciones sociales y tecnológicas contemporáneas exigen replantear las formas de participación familiar dentro de los procesos educativos. La incorporación de herramientas digitales ha ampliado las posibilidades de interacción entre escuela y las familias; sin embargo, también ha evidenciado nuevas desigualdades asociadas al acceso tecnológico y a las competencias digitales.

Desde una perspectiva crítica, se concluye que la corresponsabilidad educativa no puede reducirse a un mandato normativo, sino que debe construirse a partir del reconocimiento de las realidades socioculturales de cada familia. Esto implica desarrollar políticas educativas sensibles a las desigualdades sociales y generar prácticas pedagógicas orientadas al diálogo, la participación activa y la construcción colectiva del conocimiento. En coherencia con lo anterior, las Instituciones Educativas deben promover estrategias inclusivas que garanticen una participación más democrática y contextualizada de las familias. Finalmente, se reconoce la necesidad de continuar profundizando investigaciones relacionadas con el acompañamiento familiar desde enfoques cualitativos, interpretativos y contextuales, que permitan comprender las múltiples dinámicas que intervienen en

la relación entre familia y escuela. De esta manera, el fortalecimiento del colectivo educativo se proyecta como una condición esencial para avanzar hacia sistemas educativos más humanos, equitativos e inclusivos.

REFERENCIAS

- Alama Duarte, X., & Obaco Soto, Y. (2024). Acompañamiento familiar y rendimiento académico en estudiantes de educación básica. *Revista Latinoamericana de Educación*, 18(2), 45–60.
- Apple, M.W (2008). *Ideología y currículo* (3. ° ed.). Akal.
- Bandura, A. (1997). *Autoeficacia: El ejercicio del control*. W. H. Freeman and Company.
- Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Gedisa.
- Bourdieu, P. (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI Editores.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Paidós.
- Bruner, J. (1997). *La educación, puerta de la cultura*. Visor.
- Castells, M. (2010). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura* (Vol. 1). Alianza Editorial.
- Deci, E. L., & Ryan, R. M. (2000). El “qué” y el “por qué” de la conducta orientada a metas: necesidades humanas y autodeterminación del comportamiento. *Psychological Inquiry*, 11(4), 227–268. https://doi.org/10.1207/S15327965PLI1104_01
- Epstein, J. L. (2011). *Relaciones entre escuela, familia y comunidad: Preparar educadores y mejorar las escuelas* (2.ª ed.). Westview Press.
- Fan, X., & Chen, M. (2001). Participación de los padres y rendimiento académico de los estudiantes: Un metaanálisis. *Educational Psychology Review*, 13(1), 1–22.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- García, L., & Testrepo, M. (2023). Corresponsabilidad educativa y desigualdad social en contextos escolares contemporáneos. *Revista Colombiana de Educación*, 85(1), 55–74.
- Goleman, D. (1995). *Inteligencia emocional*. Bantam Books.
- Hattie, J. (2009). *Aprendizaje visible: Una síntesis de más de 800 metaanálisis sobre el rendimiento*. Routledge.

- Henderson, A. T., & Mapp, K. L. (2002). Una nueva ola de evidencias: El impacto de las conexiones entre escuela, familia y comunidad en el rendimiento estudiantil. Southwest Educational Development Laboratory.
- Hill, N. E., & Tyson, D. F. (2009). Participación parental en la educación secundaria: Un análisis metaanalítico. *Developmental Psychology*, 45(3), 740–763.
- Jeynes, W. (2012). Un metaanálisis sobre los efectos de la participación parental en los resultados académicos de los estudiantes. *Urban Education*, 47(4), 706–742.
- Kim, J. S., & Hill, N. E. (2015). Incluir a los padres en el panorama: Un metaanálisis sobre la participación parental y los resultados estudiantiles. *Journal of Educational Psychology*, 107(4), 919–934.
- Ley 115 de 1994. (1994). Ley general de educación. Congreso de la República de Colombia.
- Martínez, P., & Cárdenas, J. (2024). Participación familiar y tensiones institucionales en la escuela contemporánea. *Revista Educación y Sociedad*, 12(3), 70–88.
- Mejía Lasso, D., & Yépez Bimboza, A. (2023). Clima familiar y desarrollo socioemocional en estudiantes escolares. *Revista Iberoamericana de Psicología Educativa*, 9(1), 33–49.
- OECD. (2019). Resultados de PISA 2018 (Volumen III): Lo que la vida escolar significa para la vida de los estudiantes. OECD Publishing.
- Pérez Pulido, R., Gómez Silva, M., & Torres Díaz, A. (2024). Investigación acción participativa y fortalecimiento del acompañamiento familiar. *Revista Educación y Comunidad*, 15(2), 90–108.
- Suárez, L., Reyes, P., et al. (2024). Acompañamiento familiar y bienestar socioemocional en estudiantes de educación básica. *Revista Latinoamericana de Investigación Educativa*, 14(1), 22–40.

- UNESCO. (2021). Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación. UNESCO Publishing.
- Vera, C., Ramírez, J., et al. (2025). Comunicación familia-escuela y dificultades de aprendizaje en contextos vulnerables. *Revista Internacional de Educación Inclusiva*, 17(1), 15–32.
- Vigo Armestar, P., & Córdova Llontop, R. (2024). Relación entre acompañamiento familiar y logro académico en estudiantes de secundaria. *Revista Peruana de Investigación Educativa*, 10(2), 50–67.
- Vygotsky, L. S. (1978). El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Harvard University Press.
- Zimmerman, B. J. (2002). Convertirse en un aprendiz autorregulado: Una visión general. *Theory Into Practice*, 41(2), 64–70.